

EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 2 de Diciembre de 1922.

Número 46.

EL MOTÍN

PERIODICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres; 5 año.—Provincias: 1'50 pesetas trimestre, 3 semestres, 6 año.—Ultramar y Extranjero: 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales: 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

De jueves á jueves

No sé si el fusilamiento de cinco exministros y un general en Grecia influirán en España para bien ó para mal. No suelen ser aquí las clases de orden enemigas de la pena de muerte de un modo doctrinal, ni de un modo sentimental tampoco; pero les ha impresionado leer, al pie de fotografías en que aparecen personas vestidas elegantemente, junto á un nombre que suena á ministro un lacónico, «que ha sido fusilado». En cuestión de indumentaria, la democracia sólo ha andado la mitad del camino, y si bien concebimos que un sombrero de copa no excluye á un hombre de cometer un delito, no comprendemos aun que no le libre de caer en las manos de la Policía.

Como aquí el pleito anda entre gentes de orden, imagino que el ejemplo de Grecia más favorecerá que perjudicará á los culpables de nuestra catástrofe. Veo al Senado redoblando sus maquinaciones para no conceder el suplicatorio, á pesar del dictamen de la Comisión; veo que si vuelve á hablar Alcalá Zamora lo hará todavía con más vaselina que la primera vez; veo al conde de Romanones duplicando sus escrúpulos. El conde se ha aterrado al leer que á Gounaris, aun después de muerto, le piden 200.000 dracmas.

Nuestros personajes se asustan al pensar que pueden no ser rigurosamente justos en la designación de culpables por la catástrofe de Marruecos. Al menos ésto dan á entender

muchos, y yo voy á hacer como que lo tomo en serio. Esta inquietud les honra. Pero es fuerza que reconozcan una cosa:

La desorganización del Ejército en 1921 era un hecho, lo desastroso del plan una evidencia, lo desatinado de la reacción una realidad. Culpables de ello ha de haber en todo lo alto, puesto que el negocio no es de los que se llevan entre pelafustanes. Nadie ha desaparecido de nuestra política de entonces acá; luego entre los políticos de talla han de estar los que merecen el castigo.

Esta teoría de las responsabilidades difusas, es una especie de Fuenteovejuna, sin la gallardía de Fuenteovejuna. Claro que mientras un Lombroso político no nos descubra los caracteres del ministro fusilable nato, hay el riesgo, tomando una determinación radical, no de que caigan ministros que no lo merezcan, sino de que no caigan todos los que lo merezcan, lo cual es un principio de desigualdad; pero ello es inevitable, y seguramente Grecia no tiene la pretensión de haber hecho plena justicia, y á lo más se enorgullece de haber hecho una selección bastante acertada, dentro del contratiempo de hallarse camino de Dinamarca la pieza mejor.

Conforme en que desastres como el nuestro no son imputables por entero á un gobierno ó á unos ministros. Pero como en el juego de *sopla, vivo te lo doy*, todos contribuyen á que se extinga el fuego de la antorcha y paga solamente y por todos aquel en cuyas manos se apaga; así ha de hacerse, porque es el único medio posible, con los asuntos de gobierno en que la responsabilidad pasa continuamente de unos á otros; tanto más cuanto que en tales asuntos es la ambición, ó el engorgimiento ante presiones inviolables, lo que lleva á coger la antorcha á sabiendas de que habrá que apagarla porque la lumbre llega á lo vivo.

No sucede de otro modo, por ejemplo, con una sociedad comercial (me parece que el ejemplo, dentro de lo jurídico, es el más apropiado) en que una directiva, por el hecho de aceptar las cuentas de la anterior, pasa á tener todas las responsabilidades.

Y cuando no hubiera modo de discernir con claridad á los más inmediatamente responsables, tampoco habría que sentir grandes bascas en la conciencia si se sentaba la mano de firme por lo sucedido en Africa. En último caso, á bulto se diezman los batallones

que hicieron traición á sus deberes. A bulto ha disparado en Pontevedra la Guardia civil contra los labradores irritados por los crímenes del caciquismo.

Recuerdo haber leído un cuentecillo en que figuraba un afortunado mortal á quien un hada había regalado una cajita prodigiosa, dentro de la cual podía meter todo lo que quisiera; pues aunque pequeña la caja, los objetos se reducían convenientemente, si era deseo del favorecido que en ella entrasen. Recuerdo que mete á un toro furioso que ve venirle encima. También en España hay un ser afortunado con una cajita igual. Del ser afortunado no hablemos; la cajita son las Cortes.

Las cosas más enormes se reducen al tamaño de la caja, y así achicadas no ofrecen peligro ninguno. Ahora acaba de meterse el desastre de Annual. Tan á menos ha venido, que se habla en serio de que si Sánchez Guerra plantea la crisis, las responsabilidades quedarán en agua de cerrejas. Figúrense de qué tamaño habrá quedado, cuando le hace sombra acontecimiento tan insignificante como que Sánchez Guerra gobierne ó deje de gobernar.

Unos cientos de hombres, expresamente elegidos para hacer la felicidad de la Patria, proclaman á estas horas, que si Sánchez Guerra dice *ahí queda eso*, las famosas responsabilidades habrán pasado del carácter de hipotéticas que ahora tienen, al de francamente ilusorias. Los más exaltados en ideas se muestran pesarosos, pero resignados con lo inevitable; suponen que ante la historia quedarán justificados sobradamente con responder, si acaso se les pidiese cuenta por su inactividad mientras Grecia resuelve *lo suyo* en quince días: «¿Qué querían ustedes que hiciésemos, si dimitió Sánchez Guerra?»

Fuera de la caja, parece que hay quien intenta algo. El Ateneo da señales de vida. Ha hecho bien en echar á la directiva, y ha tenido suerte en que no acuda Vázquez Mella al absurdo llamamiento que le han hecho como hombre *no contaminado*. Que la fortuna acompañe al Ateneo en su buen propósito. Y tenga cuidado, porque ya sabe el sistema de siempre: coger á quienes se distinguen en los movimientos, achicarlos con actas, y á la cajita por derecho propio.

¡Perseverad, jóvenes!

Es el único medio infalible de alcanzar lo que se desea. Os lo dice un hombre cuyo anhelo fué, desde que comenzó á darse cuenta de la vida, tener cuenta corriente en un Banco, y que lo ha conseguido á los ochenta años de edad.

¡Oh, la perseverancia! A ella debo el figurar al fin en el envidiado gremio de *cuentacorrentistas*. Verdad es que no he reparado en medios para lograrlo. Desde ponerme en venta por sí los clericales querían comprarme, hasta ofrecer á bajo precio lo que tenía, todo lo he intentado.

Hubo un momento en que, no poseyendo más que las excomuniones que los señores obispos se habían dignado lanzarme, las ofrecí á real y medio.

Esto, que ocurrió en 1885, demuestra que desde joven aproveché bien el tiempo y las ocasiones de enriquecerme, y que, gracias á esta mi indiscutible perseverancia, figuro hoy oficialmente como capi alista, aun cuando á mis solas me ría de esta broma de la suerte, pues me digo cada vez que pienso en esa cuenta:

¿Pero tengo derecho á llamarla *mía*, sólo porque la bondad de unos amigos haya impuesto en un Banco unas cantidades á mi nombre, á las que no debo tocar, *ni tocaré* sino para satisfacer lo que cueste el *Número Extraordinario*? No, no lo tengo.

Y no teniéndolo, tendré forzosamente que renunciar á este sueño que venía halagando hace días: llenar siquiera este año la casilla *Oficio u ocupación* del padrón de cédulas en esta fachendosa forma:

CAPITALISTA,

y contentarme con llenarla con la de costumbre:

ESCRITOR,

que no suele tener ni remoto parentesco con aquella, excepto en contadísimos casos.

JOSÉ NAKENS

¡PAN!

He aquí una palabra que oculta toda la historia de la miseria; palabra sencilla que, pronunciada por un mendigo, es la elocuencia más aterradora del hambre, la desesperación y el dolor; palabra que contiene el llanto, la desnudez y el suicidio.

No hay un eco semejante al que oís de boca de un anciano, aplastado bajo la tortura de la vida, que se apoya en el báculo, lleva al hombro una bolsa de lienzo, y suplicante os dirige sus ojos velados por sombras légrimas, diciéndoos: ¡pan!

No hay un eco semejante al que oís de

boca de un niño extragado por la pobreza, físico, fco, desnutrido, pálido y enfermo, que no ríe porque sus labios cárdenos despiden sólo hiel, cuando os implora con esta palabra: ¡pan!

No hay un eco semejante al que oís de boca de un joven macilento y decrepito, que llega con la osadía de la necesidad hasta el gabinete donde están adormecidos los señores, mendigándoles trabajo, que equivale á esta palatra con sangre: ¡pan!

¡Oh! No hay eco que imite los gritos despiadados de la miseria, que sin hallar consuelo se cubre las rodillas maltratadas, se echa encima los harapos, y en tal guisa cruza por las calles en medio del alegre murdo que ríe. Parece que trata de ablandar el orgullo humano ostentando sus miserias, ó mover los corazones con un sentimiento de lástima.

El harapo humano, despreciado de orgullo, debe caer, sumido en su nada, al lugar de las inmundicias, para rascarse con un casco el pus del ciner abierto por todos sus dolores; ó si siente hervir su sangre rebelde, debe refugiarse en las tinieblas para amasar en la soledad el plan siniestro de la venganza. Si se humilla en el polvo, se hace un mártir; si levanta su frente, un criminal.

No es extraño, pues, que el brazo que se alzaba tímidamente en las sombras demandando una limosna, se alce sirado con el puñal homicida y compre al precio de una vida un mendrugo de pan. La fiera humana, cuando está hambrienta, eriza las crines, se muerde de rabia, ruge potentemente, estira su zorra y destroza una cabeza. Nada más espantoso. La fiera ya no pide: husmea, va colérica, huele al rastro, ensaña los dientes, lucha contra toda la naturaleza, y tiene un banquete salvaje en su tugurio á la claridad de los carbones encendidos.

Hay que pensar en esa fiera.

JOSÉ MARIA VÉLEZ

IN EXTREMIS

—Buenas tardes, tía Casiana.

—¡Chiliist!

—¿No se può hablar ú qué?

—¿No sabes que mi marido se está muriendo? ¡No grites, esmangamazos, focin, calla! ¡Jesús, Dios mío!

—¡Ya lo sé que está rematando, y por quío vélo!

—No se puede; no puén estar con él más que el señor cura y yo, y la chica.

—Pues tengo que vélo, que es pa una cosa que no se può morir sin véme.

—Pero hombre, ¿qué pasa?

—Que le doy á usté un empenón, y entro. ¡Mostillo!

—¿No le llares po el motel?

—Mostillo sa llamao siempre, y no se va á arrepentir ahora. ¡A buena hora! ¡Mostillo!

—¡Ay, Virgen del Pilar, qué hombre más malo! ¡Tú vienes aquí á matame á mi marido!

—¡Mostillo!

El señor cura, saliendo. —Parece mentira, Juan, que tengas tan poca caridad... Se está muriendo el pobre...

—Pues dígame usted que se espere, que tengo que hablar con él.

El enfermo, dentro. —¡Entra, Juan! —¿Lo vé usted? ¡Si sabré yo que tengo que vélo!

—¡Entra, hombre, entra! Todo sea por Dios.

—¡Hola Mostillo, qué tal, te mueras ú qué? ¿Qué ha sido eso?

—No sé, Juan, no sé; esto empezó con un *efemerón* que tuve al volver de la era una tarde que caía un dorondín que se te metía en los huesos, y luego, tantos charapotes me han dao, que te digo que me muero... ¡Ay, ¡qué dolores! ¡Me muero!

—Bueno: pues ya te acordarás que me debes cuatro p setas.

La tía Casiana. —¡Pill! ¿Y pá eso vienes? ¿Usté vé eso, señor cura?

El señor cura. Realmente, Juan, eso está muy mal hecho; eso no es cristiano...

—¿Y es cristiano debélas, y no pagálas, y morirse?

—¡Ay, que me muero!

—Aguarte un poco. ¿Me debes ú no me debes cuatro p setas?

—¡No m' acuerd!

—¡Ah, conque no t' acuerdas?

La hija. —¡Voy po el mango é la escoba pá matar á este pill!

—¡Mostillo, todos tenemos que morir! ¡Pero hay que morir en regla, y tú no te mueras en regla! Estábamos una tarde jando al guñote en mi casa. Te gané dieciséis partidas de á real.

El moribundo. —¿Y cantaste veinte en copas dos veces sin tenelas!

La mujer. —¡Tramposo! ¿Y aún vienes aquí por los diners? ¡Fuera de aquí!

—Que no me voy sin contálo. Yo gané todas las partidas.

El moribundo. —¡Cantabas siempre veinte en copas!

—Mejor pá mí. Y cuando acabamos me dijiste, dice, pues te debo cuatro p setas.

¿Me las has pagao?

—¡Ay... mi tía... me muero!

—No le haga usted caso, señor cura, que en este pueblo se muere mucha gente por no pagar lo que debe. ¿Has confesao?

El señor cura. —Sí, ha confesado como un santo.

—¿Has confesao que me debes cuatro p setas?

El enfermo incorporándose en el lecho con espantados ojos. —¡No! ¡No! ¡Se me ha olvidao!... ¡Se me ha olvidao!... Juan, sí, debo...

El señor cura. —Toma, Juan, ahí las tienes; yo te las pago.

El enfermo, cayendo sobre el lecho. —¡Dios mío, perdón. Díca mi!

La mujer. —¡Ay, Madre de Dios! ¡Se le estuerce la cara!

La chica. —¡Padre! ¡Padre!

Juan. —¡A ver si lo hi matao yo sin pensálo!

El señor cura. —¡De rodillas, hijos míos! ¡Dios le haya perdonado!

Resan todos de rodillas.

Juan, limpiándose una lágrima con el dorso de la mano. —La verdad es que le canté las veinte en copas dos ú tres veces, á ver si le ganaba pá comprar un cordero.

Las mujeres. —¡Vete, vete, mal hombre!

Juan. —¿Cuánto vale una misa?

El señor cura. —Ya lo sabes.

—A p seta ¿verd? Pues tome usté las cuatro p setas y díga usté dos, y con las otras dos compre usté un corderico, y nos lo comeremos el día del novenario.

—¡Vete, Juan, vete!

La mujer. —¡Qué más cordero que este que se lleva Dios! ¡Este sí que es cordero!

EUSEBIO BLASCO

Un episodio de mi vida política

Relacionado con la Revolución Cantonal de Cartagena en 1873, con un epílogo del año 1885

En la mañana del 13 de Julio de 1873 la animación en Cartagena era extraordinaria. Por todas partes circulaban voluntarios armados que se dirigían apresuradamente al Ayuntamiento, en donde se hallaba reunida la Junta revolucionaria.

La entrada de G. L. el día anterior, había aumentado extraordinariamente el entusiasmo. Por la tarde se esperaba al general Contreras.

A las once de dicho día, me encaminé al muelle acompañado de un centenar de voluntarios, embarcándonos en tres grandes barcasas dispuestas de antemano. Era mi objeto dirigirme a las fragatas «Almansa» y «Vitoria», para que sus tripulaciones secundaran el movimiento revolucionario iniciado en la plaza dos días antes, y que conmigo habían contraído ese compromiso.

En el muelle un gentío inmenso se agolpaba para despedirnos. Una vez embarcados zarpamos con dirección a la «Almansa» entre vientos al Cantón Morciano, y a la libertad. Antes de llegar a la fragata, la marinería, apenas nos divisó, prorumpió en aclamaciones frenéticas. Ordené entonces que se adelantase la lancha donde yo iba, y colocándonos junto a la banda de estribor, arregué a la tripulación, que se hallaba sobre cubierta, para que se adhiciese al movimiento, é instándola a la vez para que arriase las escalas a fin de subir al buque. Cuando la marinería, ébria de entusiasmo, se dispuso a complacerme, apareció sobre cubierta su comandante, el capitán de navío don José Martínez Yllecas, y en forma cortés, aunque visiblemente nervioso, nos suplicó que nos alejásemos, añadiendo que no podía acceder a nuestra petición, por estar prohibido terminantemente por las ordenanzas de marina admitir en los buques de guerra fuerza armada ajena a su dotación.

La marinería dió muestras de contrariedad acogiendo con murmullos las palabras de su comandante, pero sin determinarse a desobedecerle, por lo cual nos alejamos de la «Almansa» victoreando a España, a la República y a la Libertad, dirigiéndonos en el acto a la «Vitoria», que mandaba el teniente de navío don José Churrua, y en donde también se nos aclamó con tanto ó más entusiasmo que en la «Almansa», aunque con idéntico resultado.

Ordené entonces el regreso a tierra, don de la muchedumbre nos esperaba ansiosa de saber el resultado de nuestra gestión. Los más impacientes, al entrarse de lo sucedido, experimentaron algún desaliento; pero los más reflexivos comprendieron que la causa de la marina estaba ganada en principio, y que sólo era cuestión de horas su pronunciamiento. En efecto, al siguiente día 14, por la mañana, después que el ministro de marina, don Federico Anbrich, que había llegado de incógnito a Cartagena en la madrugada de dicho día, y de haber arreglado a la marinería, sin resultado alguno, las tripulaciones de los dos barcos de guerra surtos en Cartagena se adhirió a la revolución.

Doce años después, en 1885, el cólera

hacia estragos en la capital de España. Muchos profesores médicos se ausentaron de Madrid. La escasez de éstos hacía más temible la epidemia. Entonces varias personalidades, inspirándose en un sentimiento humanitario, firmaron Juas de Socorro para auxiliar a los coléricos. Su primer acuerdo fué hacer un llamamiento a los médicos que no tenían cargos oficiales, para que se inscribiesen en los distritos donde habitaban, para que prestasen asistencia gratuita a los epidémicos pobres.

En unión del hoy notable oculista doctor don Sifóni no Mansilla, me inscribí en la Junta del Centro, cuyos presidente y secretario eran, respectivamente, don Isidoro Aguado y el ex ministro don Laureano Figuerola.

Terminada la epidemia fué propuesto, como los demás médicos, para la Cruz de Beneficencia, que no quise aceptar, por creer que, como facultativo, sólo había cumplido con un deber, que no merecía recompensa alguna extraordinaria.

En estas circunstancias fué avisado para visitar a una señorita llamada J. rónima Romero, que había llegado hacía poco a Madrid procedente de Cartagena, y era cuñada del comisario de Marina don José Carreras y pariente cercana del contraalmirante de la Armada don José Martínez Yllecas, que como dejó dicho, mandaba la fragata «Almansa» el año 73 cuando la Revolución Cantonal.

En Mayo operé desinteresadamente a dicha joven, extrayéndola del abdomen 17 tumores sólidos, juntamente con varios órganos importantes de dicha cavidad, teniendo la satisfacción de que curase, y la honra de ser ayudado en la operación por mi maestro el sabio profesor de Anatomía, don Rafael Martínez Molina y de otros reputados profesores, entre ellos los doctores don Manuel Tapia, don Sinfiriano Manilla y don Joaquín Pi y Arana.

Una vez restablecida la enferma, puso ésta en conocimiento de su pariente el general Martínez Yllecas (que en aquella época residía en Londres presidiendo oficialmente la comisión de la marina española) la operación que se le había hecho, su resultado y el nombre del operador; contestándole el general que recordaba mi nombre y de cuando el año 73 intenté sublevar la fragata que mandaba, «y por cierto, añadía, que si en aquella ocasión hubiera podido apoderarme del señor Cárcel, seguramente lo hubiera pasado mal; pero enterado de cuanto me dices, borro de mi memoria el pasado, te felicito por la curación y también al señor Cárcel por su acierto y desinteresado proceder.»

Pasó algún tiempo: el general Martínez Yllecas regresó a España siendo nombrado Comandante General del Apostadero de Cartagena. D. desempeñando este destino tuve la satisfacción de conversar con él por vez primera. Nuestra entrevista fué en extremo cordial, saliendo muy bien impresionado. Más adelante me consultó como médico, lo que contribuyó a estrechar nuestras relaciones, que terminaron en una amistad sincera que perduró hasta su muerte.

¿Quién hubiera podido predecir el año 73 que, pasados algunos años, el general y yo, después de lo ocurrido en aquella época, íbamos a ser más que amigos, hermanos de corazón [Arcanos misteriosos de la vida que jamás podrá predecir el ser humano, aun estando dotado de superior inteligencia] —MANUEL CARCELES.

Madrid, 1919.

Suscripción para el número Extraordinario

—*—

Cantidades recibidas

Suma anterior, 5.376'95 pesetas.

Centro Instructivo de Juan Pantoja, 12 pesetas; Tomás Andrés, 2; Pablo Hernández, 10; Julio Pardo, 2; José de la Hoz, 3; Constantino Parejo, 5; Plácido Perera, 5; Viuda de Olaya, 3; Marcelo Sanz, 10; Eladia Martín, 1; P. Stalito, 2; F. Calabia, 2; Francisco Fernández, 5; Félix Carretero, 1; Pedro Monco, 1; Manuel Bas, 5; Un Rapavelas, 1; Lázaro Camarero, 5; J. Osmá, 2; F. de la Riva, 2; Iglesias y Cortabarría, 1; Luis de T. pia, en nombre del Sr. Linera, 115; Luciano Alvarez, 15; Balbina Ma, 5; A. C. C., 2'50; Elias Gómez, 2; A. «E. Anticuarios», 2; Feliciano Gómez, 2; Dionisio García, 2; R. H., 2; En recuerdo de Joaquín Costa, 2; José Alvarez, 1; Ursula del Río, 1; Mariano B. nchs, 1; Joaquín Rodríguez, 1; Telesforo Zurdo, 1; Luis Corral, 1; V. A., 1; Un Discipulo, 1; Un Federal Impenitente, 1; Julián Suárez, 1; Eladio Domínguez, 1; Eduardo García Fuentes, 1. (Todos de Madrid.)

Modesto Blanco, 2 pesetas; Antonio Alejandro, 1'25 Augusto Lamo, 1'25; Miguel Soria, 1; Francisco Romero, 1; Miguel Hernández, 1; Juan Risell, 2; Gonzalo Cabrera, 1; Francisco Morillo, 0'50; Gregorio Soria, 1; Daniel Coello, 1; José Cano, 1; Enrique Durán, 2; Manuel Soria, 1; Enrique Alvarez, 1; Manuel Rudilla, 1; José Sánchez, 1; Manuel Sánchez, 0'50; Lorenzo Pajuelo, 1; Gonzalo García, 0'50; Juan Manuel Hernica, 0'50; Miguel Gómez, 1; Francisco Díaz, 1; Antonio Burgos, 0'50; Antonio Campos, 0'50; Serafín Castiello, 0'50; Silverio García, 1; Antonio Navarro, 1; José Carrizosa, 2; Antonio Robledo, 2; Daniel Arenas, 3; Emilio Durán, 0'50; Fidel Barrero, 0'50; José Martín, 2; Victoriano de León, 1; Eduardo Díaz, 0'50; Genaro Durán, 0'50; Engels S. villa, 2; José López, 1; Manuel Carrizosa, 1; Miguel Carrizosa, 1; Jerónimo Lozano, 2; Carlos Marín, 1; Una Admiradora, 0'50; Cleto Ortiz, 1; Manuel Carrizosa Moreno, 1; Manuel Durán Ceballos, 0'50; L. R., 5; Francisco Cienfuegos, 2; Un Amigo, 5; Pedro Galán, 1; Antonio Márquez, 2; Serafín Hernández, 1; R. V., 2; Jacinto Gómez, 2; Quintín Rudilla, 0'50; Ubaldo Roca, 0'50; José Atalaya, 2; Dos Amigos, 1; José María González, 2; Diego Gala, 0'75; Silvestre Carrizosa, 0'75; José Moruno, 1; Manuel González, 1; Francisco Molina, 1; Antonio Jiménez, 1; Francisco Moruno, 1; Antolín Vázquez, 1; Manuel Durán, 0'50; José Rivero, 1; Francisco Ramírez, 1; Rafael Muriel,

1; Adolfo Romero, 1; José Capilla, 1; Juan Romero, 0'50; Pedro Acedo, 0'50; Sixto Varela, 0'50; Agustín Bustamante, 0'50; Juan Valero, 0'50; Antonio Cabrera, 0'50; Rafael Alejandro, 1; Angel Burrero, 1; Miguel Martíá, 2; Pedro Fernández, 0'50; José Carrizosa, 0'50; Rafael Quintana, 1; Manuel Mirquez, 1; Francisco, Martín, 5. (Todos de Azuaga.)

Martín Perramón, 1 peseta; José Corominas, 25; José Vilajuana, 1; Manuel Bala, 2; J. B., 1; Juan Rodón, 1'50; José Llurgués, 1; José Garriga, 1; José Segura, 2; Jaime Sayol, 1; Jaime Gené, 1; José Riera, 2; Francisco Perramón, 2; Juan Perramón, 1; Mateo Borrás, 2; Juan Febrer, 1; Esteban Gené, 5; Lorenzo Oriol, 1; Miguel Mit, 5; Domingo Paig, 1; Amadeo Roca, 1; José Castell, 1; Pedro Alberdi, 5; José Batllori, 5; Emilio Gibert, 5; Luis Alférez, 2; Juan Rovira Palau, 2; José Bonet, 2; Heriberto Pujol, 1'50; Eduardo Gibert, 2; Tomás Montolio, 2; Cristóbal Litrán, 10; J. Costa Pomés, 3; José García, 2; Salvador Teixidó, 10; José Cabré, 5; Ramón Monco, 2; E. Garrillo, 2; P. Vilalta Gras, 10; Jaime Anglés, 5; Juan Bautista Fornés, 20; Grupo EL MOTIN de Músicos de Rey, 83'50; Rafael Ibáñez, 5; Agapito Girón, 5; Angel Mira, 2; José Botaya, 2; Bienvenido Vilaseca, 2; Juan Miyos, 2; Francisco Vilalta Pladerell, 5; Teresa Vilalta, 5; Elvira Mombrú Mirat, 5. (Todos de Barcelona.)

Juan Durán, 2'50 pesetas; Rafael Juanico Ruiz, 15; Vicente Padil, 0'25; Pedro Suites Suites, 0'25; Pedro Gomila, 1; Miguel Mascaró, 1'50; Jorge Llopis, 0'50; Antonio Timoner, 1; Gabriel Pons, 0'50; Antonio Anglade, 0'50; Antonio Pons, 0'25; Cayetano Sá, s, 0'25; Juan Timoner, 0'50; Juan Andreu, 0'50; Lorenzo Fiorit, 0'50; Rafael Jiménez, 1; Miguel Morla, 1; Julián Meliá, 0'50; Miguel Marín, 1; Rafael Pons, 0'50; Jaime Cardona, 0'25; Francisco Servera, 4'25; Francisco Meliá, 0'50; Luis Cardona, 0'50; Jaime Seguí, 1; Juan Suites, 0'50; J. Pons, 0'50; Pedro Fábregues, 1; Lorenzo Ameller, 0'50; Juan Fortuny, 1; Marcial Morro, 1; Pablo Suites, 0'50; Vicente Orfila, 5; Lorenzo Pons, 5; Carlos de Trras, 5; C. D. R., 5; Miguel Taltavull, 0'50; Juan Pires, 2'50; Pedro Morlá, 2; Pedro Mascaró, 0'50; Gabriel Taltavull, 0'50; Antonio Tuduri, 0'50; Pedro Marín, 1; Antonio Salóm, 0'50; Francisco Salóm, 0'50; Juan Sivera, 0'50; Lorenzo Ameller, 0'50; Rafael Suites, 2; Benito Mascaró, 0'50, (Todos de Alayor.)

Un Guisonés, 1 peseta; A. Garabón, 0'50; C. Farré, 4; J. Sala, 1; J. Santaerén, 1; Un Entusiasta, 2; J. Bargies, 2; J. Castellá, 1; C. Pinós, 1;

F. Tomás, 2; L. Olius, 2; Un Administrador, 2'50. (Todos de Guisona.)

José Vallés, 1 peseta; Francisco Teixidó, 1; F. M., 1; P. Bidia, 1; J. Callizo, 1; J. Paigvret, 1; R. Ponti, 1; J. Bieto, 2; J. Banch, 2; Uno Más, 1; R. B. P., 1. (Todos de Misalco-reig.)

Domingo Medina, 3 pesetas; Mariano Garrán, 2; Alfonso Gregorio, 2; Vicente Hernández, 2; León Dí-z, 1; Pascual Castañó, 1; Juliano Gutiérrez, 1; Juan Salvador, 1; Prudenciano Maté, 1. (Todos de Palencia.)

Martín Jiménez, 2 pesetas; Roque García, 2; Pablo Pérez S-villa, 1; Enrique Soria, 0'50; Pablo García Alázar, 0'50; Antonio Royo, 5. (Todos de Soria.)

Jesús Breis, Cumbres Mayores, 2 pesetas; Antonio España, Palma del Río, 6; Manuel Carmona, id. 5; Miguel Carrasco, id. 5; T. C., Peñafar, 50; Luis Vargas, id. 5; Eduardo Muñoz, id. 5; Pedro Sánchez, id. 1; Antonio Riejos, id. 1'25; Andrés Bello, id. 2.

Virgilio Pernil, El Campillo, 25 pesetas; Francisco Pérez, Santander, 5; Eugenio Viadal, Cheste, 1; S. Bohorquer, Ubrique, 13; Jaime Cabrera, Carlet, 5; Bernardo Valero, id. 5; Antonio García, id., 5; Antonio Expert, id., 5; Alfredo Flores, Cangas de Tineo, 100; Ramón León, Illas, 12; José López, Alcalá la Real, 2'50; José Roldán, Quintanar de la Orden, 2; Emilio Cara, Málaga, 2; José Morote, Villafraqueza, 10; Adolfo de Maglia, Valencia, 25; José Fuentes, Alcantarilla, 5; Juan Brun, Toledo, 5; Ricardo Villalba, id., 5; Ramón Sánchez Díaz, Bilbao, 20; Clemente Lido, Pedrola, 7; Antonio Pomés, Tárrega, 5; Juan Solé, idem, 2'50; Salomé Galiano, Criptana, 2; Antiocho Alarcos, id., 6; Jacinto Alberca, id., 2; Lorenzo Ramos, id., 1; La Conciencia Libre, Valladolid, 50; José Castillo, C. de Navarra, 3; J. Pérez, Corrales, 2; A. López, Arcos de la Frontera, 25; J. Viñas, Alcalá del Valle, 0'50; M. Montes, id., 0'50; J. Roldán, id., 0'50; F. Guerrero, id., 0'50; A. Rodríguez, idem, 0'50; J. Pacheco, Piedrahita, 5; C. López, Barco de Valdeorras, 5; M. Matut, La Carolina, 10; L. Taberna, Santesteban, 10; M. Ruiz, id., 2; Rafael Domínguez, Peñarrubia, 4; Juan Ayllón, id., 2.

Enrique Pamplona, Aguaron, 2'50; Antonio Arribas, Villaviciosa, 3; Juan Molina, id., 3; Juan Contreras, id., 3; Bartolomé Mayans, Palma de Mallorca, 3; Julián Ramos, Alcalá, 1. Antonio Távora, 100.

Depositado en el Banco Hispano Americano de Bilbao por Jesús Martínez, 224 pesetas.

Total 6.933'70 pesetas.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR A EL MOTIN

Eugenio Viadal, Cheste, 1 peseta. Juan Ayllón, P. Barrabía, 4; Rafael Domínguez, idem, 4; Tres lectores de EL MOTIN, Ceuta, 30; Emilio Cara, Málaga, 2; José Morote, Villafraqueza, 4; Luis Nadal, idem, 4; José Fuentes, Alcantarilla, 4; Enrique López, idem, 3; Clemente Lido, Pedrola, 2; F. Manjón, Villanueva del Arzobispo, 3'75; José Palacios, Elcorg, 2.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Cheste.—Eugenio Viadal. Abonada su suscripción a fin Septiembre 1922.

Peñarrubia.—Juan Ayllón, id. a fin Diciembre 1923.

Idem.—Rafael Domínguez, id. a fin Diciembre 1923.

Haria de Lansarote.—Francisco Paz, id. a fin Diciembre 1923.

Casetas.—Centro Republicano, id. a fin Noviembre 1923.

Illas Ramón León, id. a fin Abril 1925.

Soria.—Antonio Royo, id. a fin Octubre 1923.

Quintanar de la Orden.—José Roldán, id. a fin Diciembre 1923.

Málaga.—Emilio Cara, id. a fin Diciembre 1923.

Villafraquesa.—José Morote, id. a fin Diciembre 1923.

Idem.—Luis Nadal, id. a fin Diciembre 1923.

Alcantarilla.—José Fuentes, id. a fin Diciembre 1923.

Idem.—Enrique López, id. a fin Diciembre 1923.

Toledo.—Ricardo Villalba, id. a fin Febrero 1924.

Pedrola.—Clemente Lido, id. a fin Diciembre 1923.

Villanueva del Arzobispo.—F. Manjón, id. a fin Diciembre 1923.

La Solana.—Gabriel Marín, id. a fin Diciembre 1923.

Priego.—Angel Anglada, id. a fin Diciembre 1923.

Palma de Mallorca.—Bartolomé Mayans, id. a fin Diciembre 1923.

Sevilla.—J. Pichardo, id. a fin Mayo 1923.

Placencia.—E. Pintos, id. recibido su Giro de 27'40 a su cuenta.

Torrevelaga.—José Ortiz, id. de 12'50; conforme.

Ubrique.—Sixto Bohorquez, id. de 25; conforme.

Valle de Santa Ana.—José Corbacho, id. de 5; ¿para qué?

Ataca.—José M. Benedicto, id. de 2; conforme.

Carlet.—Jaime Cabrera, id. de 56; conforme.

Bande.—Pío Enríquez, id. de 21.

Málaga.—Miguel Torres, id. de 7'70; conforme.

Medina de las Torres.—José Gallardo, id. de 15; conforme.

Verdades al pueblo

(Juan Lanás)

por

JOSE NAKENS

DOS PESETAS TOMO

Imp. Juan Pérez. -Pasaje de Valdecilla, 2.-Madrid.